

LA EFICACIA DE LA PALABRA EN EL CULTO LUTERANO

La Palabra de Dios es la posesión más preciosa de la Santa Iglesia Cristiana. Fuera de la Palabra no hay conocimiento del Dios Verdadero, no hay Iglesia, y no hay adoración. La Palabra es la Revelación del Dios Verdadero en Cristo; Cristo mismo es la Palabra. De hecho, la Palabra de Dios reina en la Iglesia Cristiana porque: "...es la Palabra del Señor Jehová, el Dios de Gracia, el Evangelio... Es con esta Palabra que el Señor juzgará a las naciones para salvación o condenación; Isa. 1, 4 (1). Así, esta Palabra es eficiente santificando y juzgando. La Palabra es santa y eficaz, y siempre cumple lo que Dios se propone. A través del Profeta Isaías, Dios dice,

"Como son más altos los cielos que la tierra, así son mis caminos más altos que vuestros caminos, y mis pensamientos más que vuestros pensamientos. / Porque como desciende de los cielos la lluvia y la nieve, y no vuelve allá, sino que riega la tierra, y la hace germinar y producir, y da semilla al que siembra, y pan al que come, / así será mi Palabra prosperada en aquello para que la envié" (Isaías 55, 9-11).

Esta enseñanza de la Eficacia de la Palabra es el fundamento de toda doctrina y culto Luteranos. Toda enseñanza Cristiana y toda adoración Cristiana deben concordar con esta Promesa acerca el poder de la Palabra de Dios en Isaías 55.

El siguiente estudio describe la Eficacia de la Palabra como la Obra del Espíritu Santo creando fe e inspirando el Culto a través de la Iglesia. Luego, considera cómo el *descanso* Sabático retrata la naturaleza de la fe y la adoración. Más tarde, un análisis del Culto Luterano evidencia el poder de la Palabra redescubierto por la Reforma y revelado en la Liturgia Luterana. Se agrega un contraste entre los elementos del Culto correcto y del incorrecto, iluminando la santidad de la misa Luterana, que es eficaz a través de la Palabra de Dios. Finalmente, presentaremos la Teología Luterana de la Cruz, una realidad de la eficaz Palabra de Dios que conforta al creyente que adora y los conduce por los senderos de la salvación, mas agobia el corazón del incrédulo y lo condena en la blasfemia de su "culto" de incredulidad.

A través del Espíritu Santo la Palabra es eficaz creando la única forma apropiada de adoración, que no es otra que la fe. Por ello, "No puede haber genuina adoración sin la Palabra" (2). La obra interna del Espíritu que nunca obra aparte de la Palabra trae consigo al Cristo Viviente y produce fe. En la teología de Lutero, el oír la Palabra caracteriza la fe. Lutero dice que "fe es la verdadera adoración, porque la fe está ligada a la Eterna Palabra de Dios. Une el llamado de Dios con el hombre que ha sido creado para la Palabra y que vive por y para ese oír" (3). En tanto el acto de escuchar la Palabra puede llevarse a cabo sin fe, donde la fe está presente a través de la obra del Espíritu Santo, *esa fe es adoración*.

Y esa adoración sucede en la Santa Iglesia Cristiana a quien Cristo ha confiado Su Palabra. El Señor revela el poder de Su Palabra para perdonar pecados, diciendo "Las palabras que os he hablado son Espíritu y son Vida" (Juan 6, 63). Esa Palabra de Perdón y Salvación ha sido dada a Su Iglesia, [la Comunión de los Santos, la Iglesia invisible, que aparece en iglesias particulares alrededor de Palabra y Sacramentos, con el Oficio de las Llaves y el Ministerio Público divinamente instituido], y aparte de la Iglesia, la obra de la Palabra y del Espíritu no es eficaz. Como lo establece Lutero en su Catecismo Mayor, "y todo esto es el oficio y obra del Espíritu Santo, que Él comienza y que diariamente incrementa la santidad sobre la tierra por medio de estas dos cosas, la Iglesia Cristiana y el Perdón de los Pecados (4). Por lo tanto, allí donde está la Iglesia y donde "la Palabra es predicada... allí siempre está el Espíritu Santo, y al menos alguno que cree; porque es imposible que la Palabra de Dios vuelva a Él vacía" (5). Realmente, donde Cristo es predicado, allí está el Espíritu Santo para crear la Iglesia Cristiana. El Espíritu crea y llama y reúne a la Iglesia, y a través de ella, da el Evangelio al hombre.

Lutero advirtió que una Congregación Cristiana nunca debería reunirse sin la predicación de la Palabra; pues, cuando la Palabra de Dios no es predicada, Cristo no está presente. Por lo tanto, con la predicación de la Palabra, "cuando estamos en el templo para la adoración pública cada semana, estamos en la presencia de Dios, el dador de Vida" (6).

Todavía más, la Eficacia de la Palabra en la Iglesia, la congregación reunida para adorar, se extiende más allá del presente hacia el pasado, e incluye a los santos en el cielo tanto como a aquellos en la tierra. Esta gran congregación reunida participa en el Culto Público "el regular culto de comunión de los creyentes en la unidad del Cuerpo de Cristo" (7). Todos los miembros de esa inmensa comunidad de creyentes que adoran a Dios tanto en los cielos como en la tierra demuestran la vitalidad y la comunión de la fe. Esta vitalidad atemporal descansa en la Presencia Real de Cristo. Su Promesa "donde estén dos o tres reunidos en Mi Nombre, allí estoy Yo en medio de ellos" (Mateo 18, 20) da al hombre la certeza de que Él está presente en la asamblea de los creyentes. Y donde Él está presente, Su Poder está presente. La comunión es el resultado de un mandamiento especial. Pablo dice a los creyentes "No dejéis de congregaros con los santos" y así "expone la doctrina de la comunión sacramental dentro de la doctrina del Cuerpo de Cristo" (8). Tanto La Creación como la Iglesia y su Culto o su fe son obras de Dios efectuadas por Su Palabra. Aquello que Dios ordena, Él lo obra en Cristo en tiempo y eternidad.

En el comienzo del tiempo, durante el séptimo día, la Palabra de Dios también creó el Sábado, el día de reposo. El Creador santificó este día; es decir, lo removió de todo uso secular y lo separó como un día para la adoración, predicación y para escuchar Su Palabra. Moisés describe la predicación de la Palabra como un acto de Culto, y define a este último como "una invocación del Nombre del Señor", en alusión directa a Cristo. Que los hombres "comenzaron a invocar el Nombre del Señor", significa que Adam, Seth, Enos, exhortaron a sus descendientes a esperar su redención, y creer la Promesa de la Simiente de la mujer [Eva] y a través de esa Promesa vencer la traición, perfidia, cruz, persecuciones, odios, falsas doctrinas, etc. de los Cainitas y no desesperar de su propia salvación, sino más bien agradecer a Dios que los libraría (9). Adam y Seth predicaron esa Palabra sobre el día de reposo, un día de *descanso de las obras propias del*

hombre. Aquí la palabra *reposo* cobra un nuevo significado una vez que el creyente comprende que su fe “espera las obras de Dios y descansa de las propias” (10).

Una fe así es la verdadera adoración de Dios; es pasiva, al denegar sus propias obras y recibir las de Dios. Por lo tanto, el *descanso* Sabático señala la Obra de Dios en Su Palabra; su Eficacia a través de los Medios de Gracia –Palabra y Sacramentos- es el eje del Culto Luterano.

Los Medios de Gracia, la Palabra y los Sacramentos, son la Palabra audible y visible: la concepción bíblica y Luterana del Evangelio. Cuando la Reforma recuperó el Evangelio, también redescubrió los Medios de Gracia, eficaces como Pura Palabra de Dios. Desde que el Culto es una expresión pública de fe en la Iglesia, la mayor parte de los reformadores se interesaron en modificar el Culto, como si estuvieran purificando un error doctrinal. Ciertamente, este redescubrimiento del Evangelio, en la Palabra y Sacramentos, representaba la pureza de la Palabra de Dios y “resultó en el desenvolvimiento de un movimiento litúrgico, el cual purifica, enriquece y potencia la adoración de la Iglesia” (11). Así pues, el reclamado Evangelio fue efectivo por sí mismo al inspirar y desarrollar la reforma del Culto. Y porque los Reformadores comprendieron que este poder en el Culto dependería solamente de la pureza de doctrina, la purificación de contenidos y formas; obtener una expresión clara y convincente –ésta fue su meta, en orden de “obtener una clara y consistente expresión de la verdad doctrinal” (12).

Para alcanzar este objetivo, Lutero y sus camaradas tuvieron mucho cuidado en evitar “sacrificar la preciosa herencia del pasado por un sustituto menos noble y adecuado” (13).

Aquellos hombres apreciaban enormemente la continuidad histórica de los órdenes de Culto. Por lo tanto se determinaron a quitar de ellos cualquier cosa que fuera contraria al Puro Evangelio en doctrina y ceremonias, para recobrar Palabra y Sacramentos en su pleno poder y actividad, a través de las antiguas formas. Además, cuando uno entiende las antiguas formas como una obra de la entera Iglesia a través de los siglos, basada *solamente* en la Palabra de Dios y eficaz para “satisfacer los más profundos clamores del corazón Cristiano, desde el grito de arrepentimiento hasta el grito de acción de gracias y el más inexpresable júbilo” (14), como lo entendieron los Reformadores, comprende que aquellas formas litúrgicas sirvieron “como santuario de Palabra y Sacramento” (15).

Con la recuperación de los Medios de Gracia en la adoración, el Culto mismo vino a ser el instrumento a través el cual la Gracia se distribuye en el poder del Espíritu Santo y la Presencia de Cristo. Con este Poder y esta Presencia en mente, los autores de las Confesiones Luteranas contribuyeron en el esfuerzo de componer los nuevos Órdenes Eclesiásticos. Estos Órdenes debían ser una reorganización de la Iglesia en el espíritu de la Reforma –un espíritu cuyo estandarte es la Eficacia de la Palabra. En tanto hubo varios de esos Órdenes en los distintos territorios Germanos, uno de los principales fue el Orden de Brandenburg-Nürenberg (1533), el cual declaraba que “la Iglesia había nacido de la Palabra” (16).

De este modo, la Palabra es el fundamento, en tanto estilo y forma también se enfatizaron como una expresión de pura doctrina en rito y ceremonia. Este más que influyente Orden Luterano, “tomó gran relevancia al considerar la adoración litúrgica con su propio acompañamiento de música y ceremonia como extremadamente importante, no a causa de consideraciones humanas en cuanto a la piedad o el arte, sino por la promesa del Señor de estar presente con los fieles cada vez que ellos se asocian congregándose... Cada detalle en palabra y ceremonia debe ser digno de Su Presencia... por excepcional dignidad, reverencia y sinceridad” (17).

De hecho, fue esta Presencia de Cristo en las palabras pronunciadas en el Culto, las palabras habladas en el Evangelio y los Sacramentos, lo que fue efectivo para los Reformadores en su preservación de la liturgia y ritos históricos. Fue el espíritu de libertad evangélica -libertad de las demandas de la Ley, no libertad del Evangelio bajo cuyo dominio vive el creyente-, lo que condujo a ordenar y afirmar objetivas formas litúrgicas acordes con la naturaleza del Culto, sacramental y a la vez centrada en Cristo.

Esta naturaleza sacramental es preservada a través del Oficio del Ministerio Público, el oficio divinamente instituido como continuación del especial ministerio de los Apóstoles. El gran dogmático Adolph Hoenecke ha reseñado la importancia de este Oficio en su *Dogmática*, al escribir,

“Es el Oficio del Ministerio al cual entendemos aquí como la posición (vocación) de los siervos de la Palabra; es el Oficio del Pastorado, divinamente instituido... Surge de las Escrituras que el oficio regular de la Palabra es esencialmente el mismo con el oficio apostólico... El oficio de la Palabra (*Predigtamt*) tiene el mismo propósito del oficio apostólico, es decir, la salvación de las almas” (18).

De este modo, la institución divina del oficio apostólico y del oficio pastoral enfatiza el significado del Oficio, que reside en que a través de este instrumento los Medios de Gracia son dados al mundo. De hecho, la Presencia de Cristo es en, con y bajo el Oficio del Ministerio Público (19).

A causa de esta concepción Cristológica Luterana del Oficio del Ministerio Público (20), el Pastor ministra “en lugar y por mandamiento” de Cristo, como se dice en la Liturgia, y es instrumento de Su Presencia cuando ejecuta los actos del Oficio de Cristo de acuerdo al mandato de Cristo. También por la misma razón, Lutero determina como necesario el oficio pastoral, ya que a través de él Cristo mismo predica Su Palabra por medio de lenguas y voces humanas. Todavía más, dado que las funciones de este Oficio son específicamente la predicación de la Palabra y la administración de los Sacramentos, es a través de *este instrumento* del Pastor [rectamente llamado (Confesión de Augsburgo, XIV)] que los Medios de Gracia son efectivos.

Por ello, “no cualquier Cristiano debe atreverse a tomar el ministerio público por sí mismo, ya que no todos son apóstoles ni maestros (1 Cor. 12, 29), sino sólo aquellos que por medio de un llamamiento legítimo y especial han sido separados a este Oficio por Dios” (21). Como enseña Lutero, “Los Apóstoles fueron enviados a predicar el Evangelio; por lo tanto los predicadores que no son enviados no tienen autoridad apostólica” (22). Este es el caso de los Entusiastas, quienes

desprecian la Eficacia de la Palabra Sola y los Medios de Gracia y que enseñan sin tener un llamado. Lutero se opuso vehementemente a esta teología fanática de los falsos maestros, que intentaban minar el llamamiento del Pastor de la iglesia particular reclamando poseer el ministerio público a causa del sacerdocio universal de todos los creyentes. Por lo tanto, la teología Luterana se opone a esta pretensión ya que la Palabra de Dios en los Medios de Gracia es efectiva a través del instrumento del Pastor llamado por mandato de Dios. Lutero enseñó que “el Espíritu Santo gobierna en el mundo por el Oficio de la Palabra, que es el ministerio de los Apóstoles” (23); y que este Oficio es el más elevado en la Iglesia, un oficio divino, -y un oficio necesario. Es necesario desde que es el medio por el cual Dios ha escogido enseñar públicamente Su Palabra. Como lo establece la Confesión de Augsburgo, “En orden para que podamos obtener esta fe, fue instituido el ministerio del Evangelio y la administración de los Sacramentos” (24).

Que obtengamos esta fe es un don y que Dios venga a nosotros en este don revela la naturaleza sacramental de la adoración. A través del don de la fe, el Espíritu Santo nos ofrenda los dones del perdón de pecados y la salvación en la misma Palabra de Cristo a través del canal del Ministerio Público cuando el Pastor predica y administra los Sacramentos. Lutero refuerza esta verdad, cuando nos dice que dondequiera el Ministerio Público enseña el Evangelio, bautiza, administra el Sacramento o absuelve pecados, “entonces puedes decir sin hesitación: “*ho*y presencié la Palabra y Obra de Dios. Sí, yo vi y oí a Dios Mismo predicando y bautizando” (25).

Realmente, Cristo se encuentra con la humanidad con Su Presencia a través de Palabra y Sacramentos; Él da y el hombre recibe a través de la Palabra hablada. Por lo tanto, “... Fe a través del oír y el uso de los Sacramentos no difiere *en naturaleza* del don sino sólo *en su forma externa*. Es la voz escuchada la cual es efectiva en ambos” (26). El Evangelio no fue primeramente un libro, sino Palabra hablada. Cristo y los Apóstoles y también los ministros o Pastores cumplen la obra del Evangelio como mensajeros a través de la predicación externa de la Palabra. A. Pieper escribe acerca de la Palabra y la predicación pública en Isaías, “... la boca del siervo de Dios es la espada aguzada y la perfectamente pulida flecha. Su Oficio es ante todo un Oficio de labios; es el mensajero del Señor, Su profeta, apóstol, predicador. Él proclama la Palabra de Dios a las naciones” (27).

Del mismo modo Lutero enfatiza que, más que la Palabra escrita, es la Palabra *oral* en el Culto la que es principalmente efectiva a través del Oficio Pastoral o del ministro público -a través de quien el oyente escucha las mismas palabras de Cristo dichas por Cristo. Por esta razón, es decir, que los Apóstoles y predicadores son la boca de Cristo, Lutero dice que, incluso cuando la Palabra de Dios es leída en el hogar, “... no es tan fructífera ni efectiva como cuando se hace eficaz al ser públicamente proclamada por la boca del Pastor a quien Dios ha llamado y señalado como el que tiene que predicarte y enseñarte” (28).

Precisamente la forma de enseñanza y predicación oral es el arma que Dios usa contra Sus enemigos cuando Él dice, “Entonces será revelado aquel Impío a quien el Señor consumirá con el Espíritu de Su boca, y destruirá con el resplandor de Su Venida” (2 Tesalonicenses 2:8). A causa de que el efecto de la Palabra Oral es el arma más potente para destruir el Mal, el diablo se encarniza contra la predicación pública del puro Evangelio. Por lo tanto, Satanás se opone a la Palabra externa en el Sermón porque éste es la aplicación de la Palabra de Dios a los hombres en su necesidad de Perdón y salvación. Es un hecho que Satanás se complace en que la gente acepte la muerte de Cristo como un hecho histórico, sin aplicación a cada persona en sí misma, y por lo tanto sin el efecto de la fe. En contraste, el Sermón usa la Escritura como su testigo; es “la predicación de la Palabra por la cual los hechos redentores de la Biblia pueden ser aplicados a la Congregación” (29). En el Sermón, la Ley mata al viejo hombre y el Evangelio resucita al nuevo, dando fe y vida. De esta forma, el Evangelio viene a ser la historia de cada uno, en tanto el viejo hombre es crucificado con Cristo, y con Él resucita; es así realmente Palabra de Dios, no *enseñanza de hombres* –como Satanás desea. Por lo tanto, la proclamación del Evangelio en el Sermón como Obra de Cristo es parte vital de Su Obra tal como la Palabra presenta esa Obra y la Obra es eficaz a través de la Palabra (30). La Palabra externa, la predicación oral, es Cristo Presente y a través de esta Presencia, en Su predicación, “... Él tiene dominio sobre diablo, pecado, muerte y todas las cosas por Su humanidad [siendo Dios en la carne]. Su guerra redentora viene al mundo en tanto Su Palabra sigue siendo predicada...” (31), y sus dones se entregan en Palabra y Sacramentos.

Así, a través de la Palabra predicada, Presencia de Cristo, el hombre recibe las obras de Dios en el Culto Cristiano. La naturaleza sacramental del Culto recibiendo pasivamente los dones de Dios y el ministerio de Dios por el hombre se evidencian en el Culto Luterano. Más que esto, “la completa estructura de nuestra Liturgia está fundada sobre el hecho de que el hombre es un pobre, desvalido pecador, y que es salvo sólo por Gracia en Cristo” (32). Observadores no-Luteranos han reconocido cómo la pureza doctrinal promueve el estilo de nuestra Liturgia; así “esa serena reverencia por Dios se hace evidente de inmediato apenas uno entra a un culto Luterano... [así] se revela esa comprensión de los Luteranos sobre sí mismos como indignos pecadores que entran en la Presencia de un Dios absolutamente Santo y trascendente...” (33).

De hecho, a través de todo el Año Litúrgico, la Liturgia, “cobija el eterno plan de salvación de Dios en la vida, enseñanza, muerte y resurrección de Jesucristo Nuestro Señor. No incluye nada insignificante ni indigno...” (34), pues la Liturgia sólo contiene las verdaderas palabras de Dios y sostiene las Confesiones de la Iglesia Luterana. Ciertamente la Liturgia Luterana ha sido concebida para guardar como un tesoro la Palabra Pura y prevenir todo “Culto centrado en el hombre”, toda adoración antropocéntrica que pretenda reemplazar el verdadero Culto, el cual predica la Eficacia de la Palabra *sola* tanto en forma y estilo como en cada palabra, himno u oración. Debido a que “doctrina impura puede ser enseñada en sermones, en frases de la Liturgia, himnos, e incluso en cualquier ceremonia o decoración inapropiada” (35), la Liturgia Luterana en su forma histórica es este gran tesoro desde que presenta “un completo y correctamente organizado sumario de la vida y fe Cristiana como base para la meditación común, oración y acción de gracias” (36). La Liturgia, colmada de

propósito y eficacia a través de la Presencia de Cristo, no sólo preserva y fortalece la fe del creyente, sino que también enseña la verdad doctrinal y espiritual. Es un testimonio público, y glorifica a Dios.

La Liturgia cumple este propósito a través de los elementos principales del Culto Cristiano, los Medios de Gracia, los Sacramentos por cuales Dios viene al hombre. En estos “actos litúrgicos, la Iglesia recibe el perdón de pecados y la salvación *del Padre por medio del Hijo en el Poder del Espíritu Santo...*” (37). Este “recibir” sacramental a través de lo que Dios habla al hombre es el *objetivo acto del Culto*, que muestra al hombre la Gracia y el Perdón de Dios y se los ofrece y aplica. Los actos sacramentales de la Liturgia incluyen: la Invocación, la Declaración de la Gracia, las Lecturas [del Leccionario histórico, no del recientemente modificado y adoptado por los antiguos grandes Sínodos en Estados Unidos y otras partes del mundo], el Sermón, la distribución del Sacramento del Altar, el Bautismo, y la Absolución.

En el segundo elemento del culto Luterano, la iglesia “ofrece el sacrificio de adoración *en el Espíritu por medio del Hijo hacia el Padre*” (38). En tanto esta parte del Culto es llamada “sacrificial”, de ninguna manera esto implica que las obras del hombre sean parte del Culto. Por el contrario, toda respuesta a la Palabra de Dios en la Liturgia es inspirada por Dios mismo y es un don de la fe. Se incluyen entre los actos sacrificiales La Confesión, las Oraciones, Himnos y Cánticos, El Credo, y la Ofrenda. El elemento sacrificial en la Liturgia es una exposición de la Palabra que efectúa una reverente y agradecida respuesta en oración, alabanza y acción de gracias.

Mientras la Liturgia está entrelazada por estos elementos sacramentales y sacrificiales, todo el Culto se fundamenta en la Eficacia de la Palabra. Y desde que la proclamación de la Palabra y la administración del Sacramento determina la estructura sacramental del Culto, Dios Mismo, a través del Pastor, como Su heraldo, comienza la Liturgia con la Invocación. Así Dios convoca al hombre a Su Presencia por Su Santo Nombre en la Trinidad, y, a través de esta convocatoria, el hombre es advertido de que él realmente está en Su Santa Presencia, de que él verdaderamente está en tierra santa (39). La Confesión de Pecados prepara el corazón y mente del Cristiano para la adoración, reconociendo nuestra naturaleza depravada y anclando el Culto en el Sacrificio Expiatorio de Cristo. La Palabra crea una sincera confesión e inspira la oración, la alabanza y la acción de gracias. En la Declaración de la Gracia manifestada por el Pastor, el creyente recibe la seguridad de la Misericordia y el Perdón de Dios. Esta Declaración contiene el plan de Dios para la salvación y revela la Eficacia de la Palabra declarando a los creyentes hijos de Dios, llenos del Espíritu.

El Oficio de la Palabra comienza con el Introito, el cual es el comienzo propio del Culto, utilizando versículos de los Salmos para anunciar aquello que será repetido a través de toda la Liturgia –los inspirados Salmos que otras veces enfatizan el poder de la Palabra enriqueciendo el Culto, en tanto profetizan la Gracia de Dios. Elementos sacrificiales siguen al *Introito* en respuesta a la Palabra. Por ejemplo, el *Gloria in Excelsis* “eleva a los creyentes del pensamiento en el *yo* a la contemplación de la Divinidad y de la conciencia de la miseria humana a la glorificación de la Majestad de Dios, Su Poder, y Santidad” (40). La Colecta, que es seguida por La Epístola, es una oración breve pero significativa al estar colmada con el Espíritu del Evangelio. En la Epístola “está la palabra de la ley Cristiana, una ley que conlleva el aliento y elevación del Nuevo Testamento” (41) [la nueva obediencia que es fruto de la salvación y la justificación por la fe]. Luego sigue el momento más alto en la Liturgia, el Evangelio, por el cual el Cristiano recibe la Palabra de salvación, la comisión de los Apóstoles y la Institución del Sacramento del Altar. Entre el Evangelio y el Sermón está El Credo, una confesión pública de la fe de la Iglesia y una expresión de esa misma fe obrada por la Palabra.

Otro elemento vital en el Oficio de la Palabra es el Sermón. La exposición del Evangelio en el Sermón tiene dos caras, es decir, la Palabra llega en dos partes que son inseparables: Ley y Evangelio. Primero viene la predicación de la Ley, la cual “es efectiva como el martillo de Dios que rompe y despedaza toda justicia propia y toda auto-complacencia delante de Dios. Nos prepara para el remedio del Evangelio de salvación Solamente por Gracia, Sólo por Cristo” (42).

Entre los elementos sacrificiales de la Liturgia están las Oraciones y los Himnos. La Oración es eficaz a través de la Palabra, específicamente porque Dios llama al creyente a orar y porque también promete escuchar sus oraciones. Por tanto, Sólo por Fe, la promesa no puede fallar, y Dios escucha la oración de cada uno de los creyentes. Lutero dice, “La promesa de Dios de escuchar nuestras oraciones comprende el perdón de pecados, pues nada en nosotros merece ser escuchados, y si lo somos lo somos por la Misericordia de Dios en Cristo” (43).

Los Himnos en el Culto son a la vez oración y confesión de fe. Como oraciones, los Himnos reverentemente muestran la fe Cristiana en términos de gratitud y humildad. El contenido doctrinal del himno apropiado debe adecuarse con la Palabra, ya que el himno expresa, “no solamente adoración, sino una confesión de pecados y un testimonio de nuestra fe en la sangre de Cristo” (44).

El elemento final en el Oficio de la Palabra son las Ofrendas. El Espíritu Santo obra en nosotros a través de la fe para que nos ofrendemos a nosotros mismos, nuestros dones materiales, nuestras oraciones, alabanzas, acción de gracias, no como obras que contribuyen a nuestra salvación, sino como evidencia de nuestra fe. Que la Palabra es eficaz nunca es más claramente visible que en la santificación creada por el Espíritu Santo en nosotros, nueva creación en Cristo. Pues, “donde mora el Espíritu Santo, Él no sufrirá que tal hombre sea ocioso mas lo moverá a todo ejercicio de piedad y a la madurez Cristiana, a la fe verdadera, al amor de Dios, al paciente sufrimiento en la aflicción, a la oración, a la acción de gracias, al ejercicio de la caridad hacia todos los hombres” (45). Asimismo, la obra del Espíritu Santo en el creyente a través de la Palabra es una mortificación diaria del viejo hombre efectuando contrición y una diaria declaración e investidura de Perdón para hacer de Cristo y el creyente, más y más, uno, hasta que la senda de esta vida finaliza.

La santificación o madurez Cristiana que sigue a la justificación es el efecto de la Palabra predicada y también de los Sacramentos tal como se los enseña y confiesa en la Liturgia Luterana. Estos Sacramentos son el Bautismo y la Santa Cena, *pero Lutero* [y con él las Confesiones Luteranas del Libro de Concordia] *también incluye la Absolución*. De acuerdo a Lutero, un Sacramento “es una marca de la Voluntad de Dios que acude con Su Presencia Real entre los hombres” (46).

Todavía más, estas marcas externas previenen al hombre, para que éste no construya su propio puente hacia Dios, desde que Dios solamente obra entre los hombres a través de esos Medios de Gracia, los Sacramentos. Los Sacramentos no son meros rituales o memoriales, sino obras del Dios Viviente. Por ejemplo, a través del Bautismo Cristo mismo es el Bautizante, "... en el Sacramento del Altar, Cristo mismo está presente como el Anfitrión, aquél que distribuye Sus propios dones a Sus huéspedes. Todo, por lo tanto, depende de la Palabra. Donde la Palabra es proclamada, Cristo está presente; donde no se la proclama, Cristo está ausente" (47).

Asimismo, la eficacia del Bautismo sucede sólo a través de la Palabra hablada por el Dios Encarnado, en Su Presencia como el Bautizante. El Bautismo tiene lugar sólo una vez en la vida del creyente; en él, el Espíritu Santo obra muerte y resurrección que son perfectas y completa justificación y salvación; no obstante, la Palabra hablada en el Bautismo obra un bautismo cotidiano hasta la muerte del creyente. Es de esta manera que el Bautismo del Cristiano se conecta con el Culto. Este Culto es uno que es "el medio a través del cual el Espíritu continúa esta comunión y conformidad con Cristo" (48), las cuales comenzaron con el Bautismo.

En la Santa Cena, las Palabras de la boca de Cristo efectúan el perdón de pecados y con ello la Gracia de Dios. En este Sacramento Cristo también imparte, "Su Espíritu, y todos Sus dones, protección, refugio y fortaleza contra la muerte, el diablo, y todos los infortunios" (49). Así, como la palabra "Cena" lo implica, este Sacramento se celebra repetidamente como alimento para el creyente, para nutrir y fortalecer al nuevo hombre en él, de modo que pueda obrar y ser preservado en la fe. Por lo tanto, a través de los Sacramentos y de la Palabra predicada, el Espíritu Santo justifica y santifica en victoria sobre el pecado, la muerte y el diablo. De igual modo que en el Sacramento del Bautismo, es a través de las Palabras de Institución [en la consagración] que la Palabra de Dios es efectiva [en la Cena]. Lutero insiste "Es solamente la Palabra, digo, la que hace el Sacramento y lo distingue así, de modo que no es mero pan y vino, sino el Cuerpo y la Sangre de Cristo" (50).

Lutero incluye como una marca visible de la Gracia (o Sacramento) al Oficio de las Llaves. Como la voz del Pastor es la voz de Cristo, Lutero señala que las palabras de la Absolución son "cosas vivientes", las cuales "dan vida a quien las escucha y las cree aquí y ahora" (51). La Absolución es un Sacramento por especial institución de Cristo, la Palabra, a través de Su proclamación sobre atar y desatar –y la Absolución es eficaz a través de esa misma Palabra.

El Culto Luterano es eficaz por una sola razón –su confianza en la Eficacia de la Palabra *Sola* a través de los Medios de Gracia. Una falta de confianza en esos Medios remueve la eficacia. Pablo, en 2 Corintios 4, 2-3, dice que él y los otros siervos del Señor "han renunciado a los secretos de la deshonestidad, no andando con astucia ni adulterando la Palabra de Dios, sino por manifestación de la verdad, encomendándonos a nosotros mismos a toda conciencia humana delante de Dios". Un modo en el cual muchos de los ministros y líderes eclesiásticos contemporáneos revelan su falta de fe en la Eficacia de la Palabra es la utilización de "métodos" y diversos "entrenamientos" para llegar a la gente, como si la Palabra *Sola* no fuera efectiva y necesitara del "marketing" de la carne. J.P. Meyer define correctamente esta suerte de "liderazgo": "La clase de ministro al que nos hemos referido, el que usa trucos de entretenimiento para seducir a la gente, usa *panurgeia*, y es siempre culpable de la comisión de obras ocultas de desgracia. El Evangelio es la Palabra de la Verdad. Utilizar ardidés para proclamarlo, incluso con "la mejor de las intenciones", es tachar de infamia y avergonzar la Verdad. No sólo verdad y ardidés son incompatibles por naturaleza, sino que usar engaños en el ministerio del Evangelio trata a la Verdad, la eterna Verdad de Dios, como si ella fuera ineficiente, incluso no atractiva en sí misma" (52).

De acuerdo con Meyer, Pablo está descalificando *métodos* de predicación del Evangelio y la introducción de "métodos para atraer incrédulos" a fin de que asistan a la iglesia para luego predicarles. También habla de "adulterar la Palabra de Dios", o "no presentándola en su pureza por temor de que la gente la rechace; entonces se la falsifica para enredar a la muchedumbre" (53). Claramente, tales métodos de Culto no son más que una estafa y sólo manifiestan una total falta de confianza en los Medios de Gracia: no son más que pura idolatría, puesto que les falta la Palabra.

Contrastando el Culto Luterano en el cual Dios viene al hombre en Sus propios términos a través de los Medios de Gracia, aplicando perdón y salvación, se halla el Culto Reformado, donde los Medios de Gracia no existen. Aquí también hay otro espíritu. No hay Presencia, no hay don, no hay comunión con Cristo, y la fe esta atada a la razón. El Espíritu Santo no está ligado a la Palabra; aquí no hay Eficacia (54). Lo sacrificial reemplaza a lo sacramental y el hombre y sus obras son más importantes que la obra de Dios, en tanto se confunden Ley y Evangelio. Las formas del Culto y la música reflejan esta teología Reformada, a la que todo le falta desde que le falta la Eficacia de la Palabra. De hecho, el Evangelicalismo Americano, la más prominente teología Americana, "nos anima a descartar lo externo, como Palabra y Sacramento, y a dedicar más tiempo a formas que salen al encuentro de necesidades sentimentales, o promueven experiencias personales, y son culturalmente relevantes" (55).

Tal teología usa formas y músicas centradas en el hombre, emocionales, y de origen secular.

En el Culto Luterano, Liturgia e Himnos concuerdan con la doctrina. Es ampliamente reconocido que la elección de la música revela la doctrina de la Iglesia. Aún más, la música influencia la doctrina. Platón observa: "cuando un nuevo estilo de música gradualmente se instala, lentamente se insinúa en maneras y costumbres y desde allí ataca leyes y constituciones, mostrando el máximo impudor hasta que termina por trastornarlo todo" (56).

Muchas iglesias hoy día utilizan música popular contemporánea de ex-profeso –en lugar de la Palabra de Dios-, para atraer a los jóvenes y algunos otros a la iglesia. Lutero escribió himnos para brindar un mensaje, una confesión de fe, *no* "sentimientos". Él compuso "... éstos en cuatro partes para dar a los jóvenes algo para quitarles el sonajero de las baladas de amor y canciones carnales, enseñándoles algo de valor en lugar de esto" (57).

Realmente, todos los elementos del culto Cristiano deben concordar con la correcta distinción entre Ley y Evangelio para que la Palabra sea efectiva; esto es, la Ley no debe predominar sobre el Evangelio (como en el estilo Reformado contemporáneo), en el cual las obras humanas, las experiencias personales y testimonios de hombres, música antropocéntrica, charlas de animación moralista, exposiciones sobre psicología y una completa subjetividad son los elementos característicos. En lo que hace al sermón Reformado, [Bautistas, Neo-pentecostales, Evangélicos, Metodistas, etc.], éste siempre es consistente con la confusión Reformada entre Ley y Evangelio, y es:

“Mera exhortación y ética... La individualidad del predicador, [sus experiencias personales], la elección subjetiva de un texto, el uso de éste como un motivo ocasional o un estribillo, la discusión de temas seculares, el irrestricto estilo de barricada, la falta de reverencia, la falta de dignidad, y muchas otras deficiencias son comunes, y no son consideradas como inconvenientes para el mensajero de Dios en Su Templo. Dondequiera que haya una conciencia Luterana propiamente entrenada este tipo de cosas repugnan, chocan, y no son toleradas” (58).

Cuando la Palabra reina, no se presenta siquiera un sólo elemento que encomie al hombre; ni una de las palabras de la Liturgia es vana repetición desde que ellas son la misma Palabra de Dios –sólo el Culto objetivo del Dios Trino prevalece.

La presunción de que la Palabra de Dios debe ser auxiliada o limitada por el hombre es definitivamente un concepto Reformado, proveniente de una teología en la cual el Espíritu Santo supuestamente obra aparte de la Palabra –en “las vaguedades de la emoción humana...” (59), y no tangible y eficazmente en los Medios de Gracia. La teología Luterana enseña que la Palabra de Dios ciertamente no tiene necesidad ni de la mínima ayuda de ninguna “actualización” ni de ninguna muleta provista por el hombre, sino que ella *sola* es eficaz:

“La iglesia depende del ferviente y leal uso de la Palabra tanto para reunir a su redil, como para edificarlo en Cristo. Otros métodos para cumplir este propósito pueden parecer populares; pero nada puede ocupar el lugar de la Biblia, en tanto ella sola presenta al Señor Jesús y tiene el poder del Espíritu Santo. Ella es el único instrumento efectivo para alcanzar y regenerar las almas de los hombres” (60).

Asimismo, el hombre es incapaz de limitar los efectos de la Palabra, como la Escritura lo enseña en el caso de Jeremías y su elección por parte de Dios para ser su profeta. Jeremías consideró su inexperiencia como un obstáculo para ser ministro del Señor. Pero “Entonces el Señor extendió Su mano y tocó mi boca y me dijo, ‘Ahora, Yo he puesto Mis palabras en tu boca...’” (Jeremías 1, 9-10). La Palabra de Dios fue desde entonces efectiva cuando el profeta hablaba en Su Nombre. Lutero también confirma esta verdad, diciendo que la Palabra de Dios *siempre* es efectiva, a despecho de las ideas humanas sobre obstáculos, impedimentos, etc., y dice, “El que es poco elocuente habla la Palabra de Dios tan ciertamente como el otro que está capacitado como buen orador” (61).

Aquellos que quieren hacer la Palabra de Dios “más efectiva” presentan sus razones para justificar sus “métodos”. Algunos aceptan que una canción “evangélica” de estilo contemporáneo es inferior en estilo a un himno, pero aseguran que es necesario usarla como un peldaño hacia algo mejor. Martin Franzmann cita una estrofa que nos advierte sobre tal actitud: “Él halló un sistema para dibujar historietas de conejos / Y este sistema funcionaba. / Pero finalmente no pudo cambiar los hábitos / Que el sistema para dibujar historietas de conejos le impuso”.

Franzmann da otros ejemplos de la defensa de esta himnodia de pacotilla. Algunos dicen que cierto himno es de difícil interpretación. Franzmann se pregunta por qué debería ser fácil cantarlo. Otros replican que Dios debe ser alabado y también estará complacido si un hombre le compone música aún sobre un tedioso silbido. Franzmann dice que así sería si Dios no nos hubiera dado nada más que un tedioso silbido.

Una defensa final del estilo y forma Reformados entre los Luteranos es aquella de la Libertad Cristiana. Desgraciadamente, “demasiado a menudo el hombre mira hacia la Libertad Cristiana como una excusa para lo burdo, para hacer cosas descuidadas, o simplemente no hacer nada... A causa de que la Liturgia es algo externo, ellos imaginan que es algo descartable... Si bien nuestras Liturgias pueden ser cosas externas, no son hoy simplemente cuestiones indiferentes [adiáforas]” (63). Una vez más, el estilo debe estar de acuerdo con la sustancia. Cuando se trata de la doctrina, nada es un adiaforón. Y porque el estilo es también una afirmación doctrinal, uno no puede llamarlo “adiafórico”. De acuerdo con la Fórmula de Concordia, “Cuando una confesión vehemente y directa se requiere de nosotros, no debemos ceder ante el enemigo con respecto a tal adiafora... Pues en un caso tal ya no se trata de adiafora sino de algo que atañe a la verdad del Evangelio, y se vincula a la preservación de la libertad Cristiana...” (64). Así, la Libertad Cristiana, tan a menudo abusada por motivos egoístas, no es libertad *del* Evangelio sino libertad de la Ley y, en tanto el hombre interior es libre y no está sujeto a nadie, el hombre externo se sujeta a todo.

Seguramente una de las enseñanzas esenciales de la Iglesia Evangélica Luterana vinculada con la Eficacia de la Palabra es la Teología de la Cruz. La Cruz *sola* es la teología y gloria del Culto Luterano, y esta Cruz debe ser el foco de forma y contenido. Que Dios es conocido y hallado solamente en la Cruz, que el hombre debe ser negado en todas sus obras y humillado y derribado a tierra por la Cruz, y que la propia Cruz del creyente está unida con la Cruz de Cristo, esto

determina la pureza del contenido doctrinal y la forma también pura, reverente, centrada sólo en Dios a través de la cual la Palabra es eficaz.

Sin la Cruz el hombre no puede alcanzar el Sacrificio Expiatorio de Cristo, y la Palabra de Dios no será eficaz para salvación. En conformidad con la imagen de Cristo, el hombre viejo debe morir para que nazca el nuevo. Lutero, "considera la Cruz muy concretamente en términos de disciplina y deberes y sufrimientos a los cuales el Cristiano debe sujetarse en esta vida, como medios señalados por Dios para lo que Él llama la 'crucifixión del viejo hombre...' esta es 'la obra extraña de Dios' (65). Su obra propia es Su Perdón y salvación solamente por gracia, a través de la sola fe. La fe debe aferrarse a esta Palabra a través del sufrimiento, a través del cual Dios reduce al hombre a la nada a fin de salvarlo.

La estructura de la Liturgia Luterana realmente conoce y encuentra al Dios Verdadero escondido en la Cruz de Cristo.. A través del Espíritu Santo, Cristo "... encuentra a la humanidad como Aquél que está presente en la Palabra y el Sacramento... (Su Presencia) está escondida en la iglesia, es *una Presencia en fe*" (66). Por lo tanto esta fe no puede prescindir del Culto desde que la adoración de la iglesia es *el lugar* donde Cristo sale al encuentro del creyente en la Palabra y el Sacramento. El Cristiano recibe la obra de Cristo, el Sacrificio de nuestro único Sumo Sacerdote, y se hace pasivamente sacerdote con Cristo, sacrificando a su propio hombre viejo, solamente por fe. Sacrificio es morir con Cristo, el mismo Cristo que imparte vida a través de Su muerte, demostrando la Eficacia de la Palabra.

Desde que el Cristiano no puede dar nada, su sacrificio es en alabanza y acción de gracias, la cual es asimismo una obra del Espíritu. Sin embargo, "la gratitud del hombre incluye la negación de sí mismo y de su obra. Al renunciar a sus propias obras, él se rinde al Dios a Quien pertenece. Al *dar gracias* el hombre se mantiene a salvo de atribuir sus bendiciones físicas o espirituales a su propia habilidad o a instrumentos humanos" (67). La Liturgia Luterana expresa alabanza y gratitud en el elemento sacrificial de la adoración, y la Palabra de Dios crea la fe necesaria para agradecer y confesarle a Él como el Dador de todo don bueno y perfecto. Sin embargo, es la "... máxima renuncia a toda obra de justicia propia lo que constituye el sacrificio Cristiano de alabanza y acción de gracias" (68). Al renunciar a su propia gloria para glorificar a Dios, en la Liturgia Luterana el hombre es conducido desde la Confesión de Pecados a la confesión de alabanza. Lutero incluso "llamaba al himno de alabanza 'alegre sufrimiento' y obra de Dios" (69), pues, a través del arrepentimiento, el creyente renuncia a sus propias obras y recibe las de Dios mientras el Espíritu Santo en Palabra y Sacramentos le enseña cómo alabar a Dios. De este modo también la acción de gracias y la alabanza son un acto de recepción más que de entrega de parte del creyente a través de la Palabra eficaz. El Capellán de la Universidad de Yale William Sloane Coffin (h), una vez "citó la Confesión y la Absolución del *Lutheran Hymnal* y 'se maravilló ante el impacto espiritual que debían tener, obrando en nosotros una profunda humildad y luego levantándonos y motivándonos con altos propósitos de servicio a Dios y al hombre'" (70).

De hecho, la teología de la Cruz identifica la propia Cruz del creyente con la de Cruz de Cristo, y ambas son inseparables en la fe y la adoración. La teología de la Cruz ve al hombre como uno llamado a sufrir. Cristo nos encuentra en el sufrimiento cuando experimentamos Su juicio como el nuestro y entonces somos crucificados con Él para resucitar justificados por Su Obra. La Cruz del hombre no puede ser separada de la Cruz de Cristo, pues el objetivo de la teología de la Cruz es la crucifixión del viejo Adán. Lutero afirma que dondequiera que esté el Evangelio necesariamente habrá de haber cruces y sufrimiento, para remoción del orgullo humano y efectuar la salvación. Dice Lutero, "Por lo tanto, tal prueba para los santos es tan necesaria o aún más necesaria que alimento o bebida, de manera que ellos permanezcan en reverencia y humildad, y aprendan a confiar solamente en la Gracia de Dios" (71). De este modo, la confianza en la Sola Gracia en la Palabra Sola es el objetivo de la Liturgia Luterana.

No hace falta decir que la teología de la Cruz se opone a la teología de la Gloria en la adoración. El Movimiento Evangelicalista Americano antes descrito, niega la Eficacia de la Palabra a través de la cual el Espíritu Santo consuma la salvación el hombre. La teología de la Gloria es una teología de la razón humana. La teología Calvinista invade de este modo el Culto contemporáneo y lo aparta de la Cruz -en tanto busca la utilización de *métodos* para efectuar la salvación. En este escenario, los Sermones aseguran al hombre que la prosperidad es una bendición de Dios por su fe y su piedad. En contraste, el Sermón Luterano utiliza Ley y Evangelio para fortalecer al creyente en sus sufrimientos y enseña la necesidad de las cruces que debemos soportar. La teología Luterana enseña que donde la Palabra esté, [donde se predique el Evangelio], allí surgirán conflictos y habrá aflicciones para el Cristiano. Este sucede porque "el Diablo no dejará que un Cristiano tenga paz; por lo tanto Cristo deberá dársela de una manera distinta a la que el mundo la tiene y la da, calmando el corazón y quitando de él el miedo y el terror, aún cuando permanezcan el conflicto y la desgracia" (72).

Puesto que la teología de la Gloria es una teología humana, da al hombre parte en su propia salvación. La Eficacia de la Palabra está ausente, y junto a esta ausencia también se ha perdido la seguridad de la salvación. La consecuencia de la teología de la Gloria es que el hombre debe vivir en duda e incertidumbre. Primero, él piensa que es salvo si recibe bendiciones; luego, duda de su salvación cuando llegan los problemas. No hay consuelo sin la teología de la Cruz, puesto que la teología de la Gloria depende de la propia habilidad humana, ni importa cuán pequeña ésta sea. La soberbia del hombre lo lleva a confiar en sí mismo y a esperar bendiciones y prosperidad como prueba de su salvación. En contraste, el creyente Luterano sabe que tiene que soportar cruces y que estas cruces le dan la certeza de su salvación en Cristo a

través de los Medios de Gracia. “Pues si ellos debieran estar siempre fortalecidos espiritualmente, y experimentar sólo regocijo y dulzura, caerían finalmente en el orgullo fatal del Diablo, quien desprecia a Dios y confía en sí mismo” (73).

En suma, las palabras de Isaías nos señalan la doble Eficacia de la Palabra, diciendo, “es con esta Palabra que el Señor juzgará a las naciones para salvación o condenación” (Isaías 11, 4). Esta verdad de Isaías “es la Palabra que el Señor ha puesto en la boca de Su siervo. Cuando él la proclama, el juicio está cumpliéndose. Como un sable afilado o una pulida flecha, atraviesa los corazones de los que escuchan y los separa en aquellos que están a favor, o aquellos que están en contra del Señor, del Dios de la Gracia, y determina su suerte y su destino temporal y eterno” (74).

Así la Palabra es la espada que salva y a la vez condena en la perfecta Justicia de Dios. Es la Palabra *sola* la que tiene este poder. Todo el Culto en la Liturgia Luterana se conforma a esta doctrina de la Eficacia de la Palabra Sola en los Medios de Gracia. De hecho, “la Liturgia es la respiración de la iglesia. Está hecha de la misma Palabra de Dios” (75). Desde esta verdad es evidente que la Liturgia Luterana es eficaz en la salvación del creyente. La naturaleza sacramental del servicio es también una obra de Dios porque el Espíritu Santo produce alabanza y acción de gracias en el Cristiano a través de la fe. Todos los elementos del Culto están centrados en Cristo en doctrina y estilo. Lo mundanal es dejado en el mundo cuando el creyente que no es de este mundo entra en tierra santa, a la Presencia de Cristo. Solamente Palabra y Sacramentos son el eje alrededor del cual se desenvuelve la Liturgia, y por esta razón el Cristiano tiene la seguridad de la vida eterna y la fortaleza del Evangelio en esta vida terrenal.

Aquellos que han sido juzgados por la Palabra para condenación son quienes carecen de fe. La Palabra *sola* es suficiente para discernir la Incredulidad -y el incrédulo pierde todo consuelo y la salvación. No obstante, la Palabra tiene un efecto sobre el incrédulo, pues “el hombre sobre quien viene la Palabra de Dios, y la rechaza, ya no es el mismo que antes era. En tanto más y más la rechaza, finalmente le llega el endurecimiento último, y la Palabra tiene para él un ‘sabor de muerte para muerte’ (2 Corintios 2, 16)” (76). Cuando los Medios de Gracia son despreciados en Palabra y Sacramentos, Gracia y fe son también despreciados. Las Palabras de Institución en la Cena del Señor establecen juicio y condenan toda incredulidad; las Palabras condenan tan seguramente como esas exactas Palabras dan vida eterna. Así, las iglesias y sus miembros que no centran su Culto solamente en la Palabra y los otros Medios de Gracia viven en peligro eterno. El Culto contemporáneo parece muy interesado en apelar a la condición humana del hombre. Por ello, esta insistencia en la experiencia y emociones humanas, el uso de “métodos” para seducir a *los sin iglesia*, la intrusión del racionalismo en territorio Santo y la naturaleza homo-céntrica del Culto Evangelical Americano o Reformado debe recordar a los Luteranos que en el Culto ni aún la más mínima “contribución” del hombre es aceptable y que en ese marco estilo y contenido son idolatría. ¡La Palabra es eficaz solamente cuando ella es Palabra *Sola*!

Notas

(1) August Pieper, *Isaías II*, Milwaukee, NPH, 1979, p. 353. (2) Philip S. Watson, *Let God be God*, Philadelphia, Muhlenberg Press, 1949, p. 149. (3) Vajta Vilmos, *Luther On Worship*, Phil., Muhlenberg Press, 1958, p. 134. (4) *Concordia Triglotta*, St. Louis, CPH, 1921, p. 693. (5) Watson, op. cit., 169. (6) Harold Senkbeil, *Dying to live*, St. Louis, CPH, 1994, p. 116. (7) *An Explanation of the Common Service*, Phil., The United Lutheran Publication House, 1908, p. 11. (8) Luther Reed, *The Lutheran Liturgy*, Phil., Muhlenberg Press, 1947, p. 9. (9) Jaroslav Pelikan, ed., *Luther's Works*, vol. 1, St. Louis, CPH, 1958, p. 328. (10) Luther Reed, 148. (11) Luther Reed, 219. (12) *Ibid.*, 12. (13) *Ibid.*, 75. (14) Glenn Huebel, “*The Liturgy*”, *Christian News Encyclopedia*, vol. VI, (1988-1992), 3784. (15) Luther Reed, 37. (16) Luther Reed, 95. (17) *Ibid.*, 96. (18) Adolph Hoenecke, *Dogmatik IV*, 175-180. (19) Douglas Fusselman, “*Only Playing Church*” (Semper Reformanda Website). (20) “*Apology of the Confession of Augsburg*”, *The Book of Concord*, Phil., Fortress Press, 1959, p. 31. (21) C.F.W. Walther, “*Church and Ministry*”, St. Louis, CPH, 1987, p. 194. (22) Watson, op. cit., 179. (23) Richard Schoenleber, *The Sovereign Word: The Office of the Ministry and Ordination in the Theology of Martin Luther*, Ann Harbor, UMI Dissertation Services, 1983, p. 53. (24) *The Book of Concord*, Phil., Fortress Press, 1959, p. 31. (25) Jaroslav Pelikan, ed., *Luther's Works*, vol. 24, St. Louis, CPH, 1961, p. 67. (26) A. Pieper, 352. (27) C.F.W. Walther, 193. (28) Vajta Vilmos, 75. (29) *Ibid.*, 74. (30) *Ibid.*, 88. (31) F.R. Webber, *Studies in Liturgy*, Erie, PA. Ashby Printing Co. 1938, p. 15. (32) “*Never the Twain Shall Meet?*”, or “*A Marriage of Lutheran Substance and No-Lutheran Style in Worship*”, *The Loyal Defender*, from *Christian News Encyclopedia*, vol. V, P. 3785. (33) Luther Reed, 21. (34) *Ibid.*, 12. (35) *Ibid.*, 21. (36) Harold Senkbeil, 124. (37) *Ibid.*, 124. (38) Luther Reed, 241. (39) Luther Reed, 256. (40) *Ibid.*, 276. (41) Watson, 156. (42) Vajta Vilmos, 162. (43) F. R. Webber, 47. (44) Watson, 179. (45) Watson, 160. (46) *Ibid.*, 162. (47) Vajta Vilmos, 154. (48) Watson, 165. (49) Vajta Vilmos, 103. (50) Watson, 162. (51) J. Meyer, *Ministers of Christ*, Milwaukee, NPH, 1963, p. 62. (52) R.C.H. Lenski, *The Interpretation of St. Paul's First and Second Letter to the Corinthians*, Columbus, Wartburg Press, 1957, p. 955. (53) Luther Reed, 149. (54) Rev. William Thompson, “*Lutheran Worship and Justification*”, CNE, Vol. V, 3778. (55) “*Never the Twain Shall Meet...*”, 3785. (56) Jaroslav Pelikan, ed., vol. I, 316. (57) G.H. Gerberding, *The Lutheran Pastor*, Minneapolis, APH, 1915, p. 278. (58) Gene Edward Veith Jr., *The Spirituality of the Cross*, St. Louis, CPH, 1999, p. 116. (59) A.A. Zinck, D.D., *What a Church Member Should Know*, Philadelphia: ULPH, 1937, p. 20. (60) Ewald M. Plass, “*What Luther Says, An Anthology*”, vol. III, St. Louis, CPH, 1959, 119. (61) Richard Brinkley, *Thy Strong Word*, St. Louis, CPH, 1993, p. 36. (62) Fr. R. Webber, 14. (63) *Formula of Concord*, X. (64) Watson, 158. (65) Vajta Vilmos, 127. (66) *Ibid.*, 155. (67) *Ibid.*, 157. (68) *Ibid.*, 157. (69) *Ibid.*, 157. (70) “*Never the Twain shall meet...*”, 3785. (71) John N. Lenker, ed. Martin Luther, *Sermons of Martin Luther*, vol. II, Grand Rapid: Baker Book House, 1983, 40. (72) John N. Lenker, II, 380. (73) John N. Lenker, II, 40. (74) A. Pieper, 353. (75) Harold Senkbeil, 123. (76) Henry Eyster Jacobs, *A Summary of Christian Faith*, ULPH, 1905, 155.

Cortesía de St. Johns' Milwaukee Independent Lutheran Evangelical Church.

Versión castellana, Rev. Enrique Ivaldi. *Pascua de Resurrección*. Marzo 2002.